bierta estaba sembrada de muertos y moribundos, y él no tenia ni una herida.

Tambien el príncipe de*** estaba sano y salvo.

El capitan dirigió una mirada á su alrededor, vió á su tripulacion diezmada por la metralla, muriendo sin proferir una queja, á pesar de morir sin venganza; sintió á su fragata estremecerse y quejarse bajo sus pies, como si hubiese estado animada y viva: comprendió que era responsable ante Dios de las vidas que le estaban confiadas, y ante la Francia del buque de que le habia hecho rey. Llorando de rabia, dió órden de amainar el pabellon.

Inmediatamente que la bandera de tres colores desapareció del asta en que flotaba, cesó el fuego del buque enemigo; y dirigiendo el rumbo hácia la fragata, maniobró para aproximarse directamente hácia ella; por su parte la fragata le veia avanzar conservando un sombrío silencio: hubiérase dicho que á su aproximacion los mismos moribundos contenian sus lamentos. Por un movimiento maquinal, los pocos artilleros que permanecian junto á una docena de piezas todavía en batería, apenas vieron el buque á tiro, aproximaron la mecha á los cañones; pero á una señal del capitan, todos los bota-fuegos fueron arrojados sobre el puente, y esperaron todos resignados, comprendiendo que cualquier defensa seria una traicion.

En breves instantes se encontraron los dos buques casi tocándose los bordes, pero en un estado muy diferente: ni un solo hombre del navío inglés faltaba en el rol de la tripulacion, ni un mástil habia padecido, ni una cuerda se habia roto; el buque francés, por el contrario, averiado todo él en su doble lucha, habia perdido la mitad de su gente, tenia tres mástiles rotos, y casi todo su cordage flotaba al viento como una cabellera esparcida y desmelenada.

Cuando el capitan inglés estuvo al alcance de la bocina, dirigió en escelente francés á su intrépido adversario alguna de esas palabras de consuelo con que los bravos dulcifican entre sí el dolor de la muerte ó la vergüenza de la derrota. El capitan francés se contentó con sonreir meneando la cabeza, despues de lo que hizo seña á su enemigo de que enviase sus chalupas, á fin de que la tripulacion prisionera pudiese pasar de un bordo al otro, estando todas las lanchas de la fragata fuera de servicio.

Al punto se verificó el trasporte: de tal modo se habia averiado el buque francés, que hacia agua por todas partes, y si no se ponia pronto remedio á sus averías, amenazaba irse á pique.

Trasportáronse primero los desgraciados heridos de gravedad, despues aquellos cuyas heridas eran leves, y por último, los pocos que por milagro habian salido sanos y salvos del doble combate que acababan de sostener.

El capitan quedó el último á bordo, como era de su deber; luego, cuando vió á los últimos de su tripulacion en la chalupa, y que el capitan inglés hacia echar al agua su propia chalupa para enviarle á buscar, entró en su cámara como si hubiese olvidado alguna cosa; cinco minutos despues se oyó la detonacion que producia un pistoletazo.

Dos marineros ingleses y el jóven midshipman, que mandaba la embarcacion, se lanzaron al punto sobre el puente y se dirigieron corriendo á la cámara del capitan. Encontráronle tendido sobre el puente, desfigurado y nadando en su propia sangre; el desgraciado y bravo marino no habia querido sobrevivir á su derrota: acababa de levantarse la tapa de los sesos. El jóven midshipman y los dos marineros, apenas acababan de asegurarse que estaba muerto, cuando oyeron un silbido. En el momento que el príncipe de*** ponia el pie á bordo del buque inglés, comenzaron á notar que el tiempo cambiaba en tempestad; de modo que viendo el capitan que no habia tiempo que perder para hacer frente á aquel nuevo enemigo, habia resuelto volverse apresuradamente al puerto de Liorna ó al de Porto-Ferrajo.

Tres dias despues, el buque inglés, desmantelado de su palo de mesana, roto su timon, y no sosteniéndose sobre el agua sino con la ayuda de sus bombas, entró en el puerto de Mahon, impulsado por las últimas ráfagas de la tempestad que poco habia faltado para echarle á pique.

En cuanto á la fragata francesa su vencedor habia querido por un momento remolcarla consigo; pero muy pronto se habia visto obligado á abandonarla; y al mismo tiempo que el buque inglés entraba en el puerto de Mahon, ella encallaba en las costas de Francia con el cuerpo de su bravo capitan, al que servia de glorioso féretro.

El príncipe de*** habia sufrido la tempestad con la misma felicidad que el combate, y habia desembarcado en Mahon sin haberse siquiera mareado.

XVIII.

LA BENDICION PATERNAL.

Por espacio de cinco años se ignoró completamente lo que habia sido del príncipe de***. Unicamente que su banquero le remitia por lo regular sumas enormes, unas veces á Francia, otras á Alemania, y tambien á Inglaterra. Al fin cuando menos lo pensaban, le vieron aparecer en Nápoles, esposo de una jóven inglesa con quien se habia casado, y padre de dos lindos niños que el cielo, sonriéndole contínuamente, habia hecho que fuesen varon el uno, hembra la otra.

Diremos breves palabras acerca del niño, para ocuparnos despues de la niña, cuyas desgracias harán casi solas el gasto de este interesante capítulo.

El niño era el vivo retrato de su padre. Asi que desde que lo vieron, no dudaron en Nápoles que el don fatal de la gettatura continuaria en la línea masculina del príncipe. En cuanto á la niña, era una bonita figura que reunia en sí los dos tipos de belleza italiana é inglesa: tenia larga cabellera negra, bonitos ojos azules, tez blanca y mate como una azucena, dientes pequeñitos y brillantes como perlas, sus labios rojos como una cereza.

La madre se encargó esclusivamente de la educacion de esta encantadora niña, que creció á su sombra, graciosa y fresca como una flor de primavera.

A los quince años causaba la admiracion de Nápoles; la primera cosa que se preguntaba á los estrangeros era si habian visto á la encantadora princesa de***.

No es necesario decir que durante esos quince años la funesta estrella del príncipe habia permanecido constantemente la misma; la única diferencia que en él se notaba, consistia en que á sus antiparras habia añadido una enorme caja de tabaco, lo cual duplicaba todavía, si se han de creer las tradiciones, la maligna influencia á que constantemente estaban sometidos los que se hallaban en contacto con él.

Entre todos los jóvenes nobles que giraban en torno de la bella Elena (asi se llamaba la hija del príncipe de***) se habia fijado esta en el conde de F***, hijo segundo de uno de los mas ricos y aristocráticos patricios de la ciudad de Nápoles. Mas como el derecho de mayorazgo estaba abolido en el reino de las Dos Sicilias, el conde de F***, á pesar de ser segundon, era un partido muy bueno para nuestra heroina, puesto que llevaba al matrimonio como ciento cincuenta mil libras de renta, un nombre noble, veinte y cinco años y una bella figura.

¡Cosa increible! precisamente era su bella figura el principal obstáculo al matrimonio; no de parte de la jóven princesa, ella por el contrario, á Dios gracias, apreciaba aquel don de la naturaleza en todo su valor, y aun en mucho mas; pero aquella bella figura habia hecho tantas de las suyas, habia trastornado tantas cabezas, y habia causado tanto escándalo en la ciudad, que siempre que se trataba del conde de F*** delante del príncipe de***, apresurábase éste á manifestar su opinion acerca de los jóvenes disipados, y especialmente de aquel, el cual, segun el príncipe, tenia tan buena fortuna como Salomon.

Desgraciadamente sucedió lo que siempre sucede; era el único hombre á quien Elena no hubiera debido amar, y era precisamente de quien la bella Elena se habia enamorado. ¿Fué por simpatía ó por espíritu de contrariedad? Lo ignoro. ¿Era porque pensaba muy bien de él, ó porque se la habia dicho mucho malo? No lo sé. Mas es lo cierto que se enamoró de él, no con ese amor efímero que un ligero capricho hace nacer y que la menor oposicion hace morir, sino con ese amor ardiente, profundo y eterno, que se aumenta con las dificultades que se le oponen, que se alimenta con las lágrimas que derrama, y que como el de Julieta y Romeo, no ve otro desenlace que el altar ó la tumba.

Mas á pesar de que el príncipe adoraba á su hija, y aun precisamente porque la adoraba, se mostraba cada vez mas opuesto á una union, que á su parecer, debia causar su desgracia. Todos los dias iban á referir á la pobre Elena alguna nueva calaverada por el estilo de las de Faublas ó Richelieu, de que el conde de F*** era el héroe; pero con gran admiracion suya, la relacion de aquellos desmanes, en vez de disminuir el amor de la jóven, no hacia sino aumentarlo.

No tardó en llegar aquel amor á un estremo que hizo palidecer sus bellas megillas, y que sus ojos, conservando por el dia la huella de las lágrimas de por la noche, comenzasen á perder su brillo; en fin, apoderándose de ella una profunda melancolía, no aparecieron ya en sus labios mas que esas vagas sonrisas semejantes á los pálidos rayos de un sol de invierno. Declaróse una enfermeddad de languidez.

Horriblemente inquieto el príncipe por el cambio sobrevenido en Elena, esperó al médico en el momento en que salia de la alcoba de su hija, y le suplicó le dijese lo que pensaba acerca de su estado; el médico respondió que en aquella circunstancia podia la medicina menos que en ninguna otra permitirse predecir el porvenir, porque la enfermedad de la jóven le parecia originada por causas puramente morales, causas acerca de las que la enferma habia rehusado obstinadamente esplicárselas; pero que á pesar de aquella negativa, estaba seguro que habia en el fondo de aquella languidez que podia llegar á ser mortal, algun secreto en que estaba su curacion.

Aquel secreto no lo era para el príncipe. Asi que siguió los progresos del mal con viva ansiedad, asi continuó todavía por espacio de dos ó tres meses; pero trascurrido ese tiempo, habiéndole prevenido el médico que el estado de la enferma empeoraba de tal modo que no respondia ya de ella, el príncipe pidiendo perdon á Dios y á la moral de confiar la felicidad de su hija á semejante hombre, concluyó por decir un dia á Elena, que como su vida le era mas querida que todo en el mundo, consentia al fin en que se casara con el conde de F***.

La pobre Elena, que no esperaba aquella buena noticia, saltó de gozo; sus pálidas me-

gillas se animaron al punto con el carmin mas encantador; sus apagados ojos lanzaron rayos; en fin, su linda boca, que hasta allí habia retratado la tristeza, volvió á sonreir con aquella dulce sonrisa que parecia haber olvidado para siempre. Arrojó sus demacrados brazos al cuello de su padre, y en cambio de su consentimiento, le prometió no solo vivir, sino tambien ser dichosa.

El príncipe, acudiéndole sin cesar á su memoria el recuerdo de la fatal reputacion de su futuro yerno, meneó tristemente la cabeza.

Sin embargo, como habia dado su palabra, consintió que Elena hiciese conocer inmediatamente á su prometido, que si no enfermo como ella, al menos como ella habia sido desgraciado, el cambio inesperado que se verificaba en su posicion.

El conde de F*** fué á verla inmediatamente. Al saber aquella inesperada nueva, poco le faltó para volverse loco de alegría.

Los dos amantes al volverse á ver, no pudieron articular una sola palabra, se deshicieron en lágrimas.

Retiróse el príncipe murmurando: cinco segundos mas que hubiera presenciado semejante espectáculo, hubiera llorado como ellos, y con ellos.

La oposicion del príncipe habia hecho tanto ruido, que comprendió que desde el momento que cesaba de negarse á la union de los dos amantes, valia mas que el matrimonio se verificase cuanto antes que retardarle. Fijóse, pues, el dia de la ceremonia para de allí á tres semanas; era el tiempo estrictamente necesario para cumplir con las formalidades de costumbre.

En aquellas tres semanas recibió el príncipe de *** lo menos diez anónimos llenos de las mas graves acusaciones contra su futuro yerno; ya eran Ariadnas abandonadas que le pintaban como un amante sin fé; ya eran madres desoladas que le acusaban de ser un padre sin entrañas; ya por fin, quejas amargas de ambas partes que iban á corroborar mas y mas la primera opinion que el príncipe se habia formado respecto al conde de ***. Pero el príncipe habia dado su palabra; veia á su hija feliz recobrar cada dia mas vida aproximándose á su dicha. Encerró todos sus temores en el fondo de su corazon, comprendiendo que despues de haber cedido á los deseos de Elena, sería ya matarla retirar su palabra dada.

Todo permaneció en *estatu quo*, y llegado el gran dia, se verificó la augusta ceremonia con gran regocijo de los jóvenes esposos, y admiracion de todos los presentes á ella, quienes declararon unánimemente que era inútil buscar en todo el reino de las Dos Sicilias dos jóvenes que mas se conviniesen bajo todos aspectos.

Por la noche hubo gran baile, durante el cual el jóven esposo estuvo muy solícito, y la bella esposa muy ruborizada: al fin llegó la hora de retirarse. Marcháronse los convidados unos despues de otros; no quedaban ya en el palacio mas que los recien casados, el príncipe y la princesa. Al ver aproximarse el instante de pertenecer uno al otro, Elena se arrojó en los brazos de su madre, mientras que el jóven conde movia sonriéndose la mano del príncipe.

En aquel momento, este, olvidando todas sus prevenciones contra su yerno, le abrazó juntamente con su hija, y colocó las manos sobre sus cabezas, esclamando:—¡Venid, queridos hijos, venid á recibir la bendicion paterna!

Al oir aquellas palabras, y habiéndose desprendido los dos de sus brazos, cayeron de rodillas, y el príncipe, para no quedar inferior á la situacion, apoyó sobre sus cabezas las manos que habia levantado hácia el cielo; entonces no encontrando nada que decir mejor que las mismas palabras que el Señor dijo á los primeros esposos:

—¡Creced y multiplicáos! esclamó.

Luego, temiendo dejarse arrebatar de una emocion que miraba como indigna de un hombre, se retiró á su habitacion, á donde fué á unírsele al cuarto de hora la princesa, anunciándole, que segun todas las probabilidades, los jóvenes esposos estarian ocupados en aquel momento en poner en ejecucion las palabras del Génesis.

Al dia siguiente, al ver Elena á su madre, se ruborizó estraordinariamente; el conde de F*** por su parte, no carecia de cierto embarazo al aproximarse al príncipe; pero como aquel embarazo y aquel rubor eran muy naturales en la posicion de ambas partes, la princesa se contentó con responder á aquel rubor con un beso, y el príncipe á aquel embarazo con una sonrisa.

Pasaron el dia sin que el príncipe ni la princesa intentasen entrar en ningun detalle acerca de lo que habia pasado entre los jóvenes esposos fuera de su presencia; y como comprendian su situacion, les dejaron lo mas que pudieron á solas, y no les admiró de ningun modo que pasasen una parte del dia encerrados en sus habitaciones. No obstante, se comió en familia; pero como los esposos parecian cada vez mas contrariados y llenos de embarazo, el príncipe y la princesa cambiaron una sonrisa de inteligencia; y al punto que se terminaron los postres, anunciaron á sus hijos que habian decidido ir á pasar algunos dias en el campo, y que en aquellos dias les dejaban el palacio de Nápoles completamente á su disposicion. Hiciéronlo como dijeron, y aquella misma noche partieron el príncipe y la princesa para Caserta, bastante preocupados ambos con las observaciones que habian hecho separadamente, pero acerca de las que no dijeron ni una palabra en todo el viage.

Tres dias despues, en el momento en que

el príncipe y la princesa almorzaban solos, se oyó rodar un carruage en el patio del castillo. Cinco minutos despues llegó un criado precipitadamente á anunciar que la jóven condesa acababa de llegar.

Detrás de él se presentó Elena; pero muy al contrario de lo que debiera esperarse de una casada en la misma semana, su fisonomía estaba descompuesta, y se arrojó llorando en brazos de su madre.

El príncipe adoraba á su hija, quiso saber cuál era la causa de su disgusto; pero cuanto mas la interrogaba, mas se deshacia Elena en lágrimas guardando silencio. Por fin, una idea terrible se ocurrió á la imaginacion del príncipe.

—¡Oh! el desventurado! esclamó, ¿te habrá hecho alguna infidelidad?

—¡Ay! ojalá! respondió la jóven.

—¿Cómo, ojalá?

—¿Pues qué es lo que sucede? continuó el príncipe.

—Una cosa que no puedo decir mas que á mi madre, respondió Elena.

—Ven, pues, hija mia, ven conmigo, esclamó la princesa, y cuéntame tus disgustos.

—¡Madre mia! ¡madre mia! dijo la jóven, no sé si me atreveré.

—¿Pero qué es tan terrible? preguntó el príncipe.

—¡Oh! padre mio, es horroroso.

—¡Bien lo dije yo, murmuró el príncipe, que ese hombre labraría tu desgracia!

—¡Ay! y yo que no os creí! respondió Elena.

—Ven, hija mia, ven, dijo la princesa, y veremos de arreglar todo eso

—¡Ah! madre mia, madre mia, respondió la jóven desposada dejándose arrastrar casi á su pesar, ¡ah! temo mucho que no tenga remedio.

Y las dos mugeres desaparecieron en la alcoba de la princesa.

Allí fué revelado un secreto inesperado, maravilloso, inaudito: el conde de F*** el Lovelace de Nápoles ese héroe de las mil y una aventuras, ese hombre cuyas precoces paternidades habian causado tan grandes y continuados terrores al príncipe de***, el conde de F*** no se habia aproximado á su muger en seis dias de matrimonio, mas que lo que se habia aproximado á la suya al cabo de un año Monsieur de Lignolle, de problemática memoria.

Y la que habia allí de mas estraordinario, era que la reputacion anterior del conde de F*** lejos de ser usurpada, habia quedado todavía muy inferior á la realidad.

Pero la bendicion paternal daba sus frutos. Así como lo habia dejado temer la esclamacion de Elena, no habia remedio.

Pasáronse tres años sin que nadie en el mundo pudiese conjurar el maleficio de que era víctima el pobre conde de F***; pasados aquellos tres años se esparció un rumor singular: que la señora condesa de F*** con arreglo á uno de los artículos del concilio de Trento, entablaba demanda de divorcio alegando la impotencia del marido.

Semejante noticia, como se comprenderá, no podia ser acogida con mucha credulidad en la ciudad de Nápoles; las mugeres especialmente la oian encogiéndose de hombros asegurando que semejantes rumores carecian de sentido comun. Llegó sin embargo un dia en que fué preciso darla crédito; la condesa de F*** acababa de citar á su marido ante el tribunal de la Rota en Roma.

Entonces quisieron todos recordar hasta los menores detalles que habian acaecido despues del baile de boda; pero nadie pensó en la fatal bendicion del príncipe de*** ni en los términos bíblicos en que habia sido formulada, de modo que todo quedó en la duda, tomando los hombres partido por la condesa, colocándose todas las mugeres del lado del conde.

Durante tres meses estuvo Nápoles tan dividido como lo habia estado en las épocas de mas grandes discordias civiles. Teníanse á propósito del conde y la condesa de F*** eternas discusiones entre maridos y mugeres; los maridos sostenian contra sus mugeres que no solo el conde de F*** era impotente, sino que siempre lo habia sido; respondian las mugeres á sus maridos que eran imbéciles que no sabian lo que se decian.

Al fin la condesa compareció ante un tribunal de doctores y matronas. Las matronas y los doctores declararon unánimemente que era una desgracia que Elena, como Juana de Arco, no hubiese nacido en la frontera de Lorena, puesto que, como la heroina de Vaucouleurs, tenia en caso de invasion, todo lo que se necesitaba para espulsar á los ingleses de Francia.

Triunfaron los maridos, pero las mugeres no se rindieron por tan poca cosa: aseguraron que las matronas no sabian su oficio y que los médicos nada entendian.

Las disputas conyugales se envenenaron de tal modo, que una parte de aquellas damas, no teniendo la felicidad de poder pedir el divorcio por causa de impotencia, pidieron la separacion por incompatibilidad de carácter.

El conde de F*** pidió el concúbito: estaba en su derecho. El concúbito fué pues ordenado: era su última esperanza.

Somos demasiado castos para entrar en los detalles de esa singular costumbre muy usada en la edad media, pero que ha caido casi completamente en desuso en el siglo XIX. Por lo demás si nuestros lectores tuviesen curiosidad respecto á este punto, les enviaríamos á Tallemat de Reaux, *Historieta del caballero de Langeais*; nos contentaremos con decir, que contra lo que se creia, el resultado fué sumamente bochornoso para el pobre conde de F***.

Los maridos napolitanos se cogieron por la

mano y bailaron en círculo, ni mas ni menos que se asegura lo hicieron en la sala de chimenea del Teatro francés los señores románticos en rededor del busto de Racine; lo que jamás se ha probado bien, puesto que el busto de Racine está arrimado á la pared.

Acaso se creerá que las mugeres quedaron convencidas; pero es sabido que cuando las mugeres tienen una cosa en su cabeza, es bastante difícil quitársela. Aquellas señoras respondieron que permanecerian en su primera opinion acerca del escelente carácter del jóven hasta que tuviesen una prueba directa en contrario.

Pero como el tribunal de la Rota no está compuesto de mugeres, decidió el tribunal que el matrimonio no habiéndose consumado, era como nulo y no celebrado.

Mediante cuya sentencia quedaron en libertad de volverse la espalda, y contraer si lo tenian á bien, cada uno por su parte un nuevo himeneo.

Elena no tardó en aprovecharse del permiso que la habian dado. Durante aquellos tres años de estraña viudez uno de los que la habian hecho la córte con mas asiduidad habia sido el caballero de T***, pero mitad por virtud mitad por temor de dar al conde de F*** legítimos motivos de agravio, jamás habia confesado Elena al caballero que participaba de su amor. Habia resultado de esta reserva una grande admiracion de parte del mundo, y un profundo amor de parte del caballero de T***.

Así, apenas conocido el pronunciado fallo, el caballero de T***, que no esperaba mas que aquel momento para reemplazar el sitio y lugar del primer marido, apresuróse á ofrecer su corazon y su mano á la bella Elena. Uno y otro fueron aceptados, y la noticia de la boda convenida para el porvenir se esparció al mismo tiempo que la de la ruptura del matrimonio pasado.

Esta vez no hizo el príncipe ninguna oposicion á los votos de su hija, la que habiendo llegado, por otra parte, á la mayor edad, tenia el derecho de gobernarse por sí misma. Jamás habia hecho el caballero de T*** que se hablara de él sino de un modo muy ventajoso: era de una de las primeras familias de Nápoles, bastante rico para que pudiera suponerse que su amor á Elena fuese el resultado de un cálculo, y ademas de todo eso, como ayudante de campo, estaba unido á uno de los príncipes de la familia reinante: el partido era, pues, sumamente aceptable.

Quedó decidido que se dejarian pasar tres meses por guardar las conveniencias sociales; que durante esos tres meses el caballero de T*** aceptaria una mision que el príncipe le habia ofrecido para Viena; y en fin, que espirado aquel plazo, volveria á Nápoles, donde se celebraria la boda.

Todo pasó conforme se habia acordado: en el dia señalado estuvo de vuelta el caballero de T***, mas enamorado todavía que cuando partió; Elena por su parte, le habia guardado en toda su intensidad aquel segundo amor tan profundo y tan puro como el primero. En aquel intérvalo se habian llenado todas las formalidades de costumbre: nada podia, pues, retardar la felicidad de los dos amantes. Celebróse el matrimonio ocho dias despues de haber llegado el caballero.

Esta vez no hubo ya ni comida ni baile; se casaron en el campo y en la capilla del castillo: cuatro testigos, el príncipe y la princesa, presenciaron solos la dicha de los nuevos esposos. El príncipe, como habia hecho en el primer desposorio, los detuvo despues de la celebracion del matrimonio para dirigirles una breve exhortacion, que Elena y el caballero escucharon con todo el recogimiento y respeto posibles. En seguida y terminada la alocucion, quiso bendecirlos, pero Elena, que sabia lo que habia costado á su felicidad la primera bendicion paternal, dió un salto hácia atrás, y estendiendo las manos hácia su padre:

—¡En nombre del cielo, padre mio! dijo, ¡ni una palabra mas! Acaso sea una supersticion, pero supersticion ó no, no nos bendigais.

El príncipe, que ignoraba la verdadera causa de la negativa de su hija, insistió en ejecutar lo que miraba como un deber; pero venciendo el temor al respeto, Elena, con gran admiracion del príncipe, se llevó á su marido á su habitacion para sustraerle á la temible bendicion, y con un movimiento rápido como el pensamiento, haciendo cuernos con sus dos manos, á fin de conjurar doblemente si era necesario la perturbatriz influencia de su padre, cerró á éste la puerta, y la aseguró por dentro con dos cerrojos.

El recuerdo de las tormentas que habian estallado desde el primer dia en el anterior matrimonio, inspiró al principio vivas inquietudes á la princesa, la cual temió que el maleficio de su esposo introdujese la perturbacion del mismo modo en este segundo matrimonio. No se calmó su alarma hasta que al tercer dia fué su hija como la primera vez á hacer una visita á sus padres, que se habian retirado al campo. Se presentó la jóven con rostro tan risueño, que los temores de la madre se desvanecieron.

En efecto, Elena dijo á su madre que su nuevo esposo no habia cesado un solo instante de amarla, que era bondadoso, de un carácter encantador, hasta dócil, solícito, y que tenia mil atenciones delicadas con ella; en una palabra, era completamente feliz.

La dicha de la jóven comprada á tan caro precio, se aumentó bien pronto con el título de madre. Dió á luz un robusto niño. Eligieron para amamantar al recien nacido una linda nodriza de Prócida, que fué adornada con pendientes con rosetas de perlas, vestida con

justillo color de escarlata galoneado de oro, y falda plegada con galones de plata, la cual se instaló en la casa, y á quien todos los criados recibieron órden de obedecer como si fuera una segunda ama de la casa. El nene era el ídolo de todos; la princesa le adoraba, el príncipe estaba loco con él; no hablamos del padre y de la madre, quienes parecian haber concentrado su existencia en la de la pobre criaturita.

Pasáronse quince meses: el niño estaba sumamente adelantado para su edad, conocia y amaba á todo el mundo, especialmente al buen papá, á quien sonreia con mucha gracia en cambio de sus fiestas. El buen papá no podia pasarse sin él. Hacia se le llevasen á todas horas del dia, tanto que por no abandonar al niño estuvo el príncipe á punto de rehusar una mision de la mas alta importancia que el rey de Nápoles le habia confiado para el rey de Francia. Tratábase de ir á cumplimentar á Cárlos X por la toma de Argel.

Sin embargo, todos los amigos del príncipe le demostraron el mal efecto que haria en el ánimo del rey semejante negativa, y le suplicó su familia de tal modo considerase que el porvenir de su yerno podria padecer eternamente con su obstinacion, que el príncipe consintió al fin en desempeñar una mision que tantos otros le hubiesen envidiado. Partió de Nápoles en los primeros dias de julio de 1830, llegó á Paris el 24, fué inmediatamente al ministerio de Negocios Estrangeros para pedir su audiencia, y dos dias despues fué recibido solemnemente por el rey Cárlos X.

Al dia siguiente de esa recepcion estalló la revolucion de julio.

Tres dias bastaron, como es sabido, para derribar un trono, y ocho para elevar otro. Pero el príncipe no estaba acreditado cerca del nuevo monarca; dejó la Francia sin poner siquiera los pies en las Tullerías, circunstancia á la que probablemente debió el rey Luis Felipe el feliz y espedito principio de su reinado.

El príncipe estaba cansado de los viages por mar: no eran ya de temer los combates, pero las tempestades continuaban siendo terribles. Así que se dirigió por los Alpes, y atravesó la Toscana para volverse á Nápoles por Roma.

Al pasar por la capital del mundo cristiano, se detuvo para presentar sus homenages al papa Pio VIII, quien sabiendo la mision de confianza que habia encargado al príncipe su soberano, le recibió con todos los honores debidos á su rango; es decir, que en lugar de darle á besar su chinela, como hace Su Santidad con el comun de los fieles, le dió su mano.

Tres dias despues murió el papa.

El príncipe habia salido de Roma inmediatamente de tenida su audiencia, tanto deseo tenia de volver á Nápoles; viajó noche y dia y llegó á dar vista á su palacio al dia siguiente á las once de la mañana, precedido diez minutos solamente del correo que le hacia le preparasen caballos en el camino; pero aquellos diez minutos bastaron á toda la familia para acudir apresuradamente al balcon del piso principal, elevado como todos los pisos principales de los palacios napolitanos, á mas de veinte y cinco pies de altura.

La nodriza se presentó en él como los demás, llevando al niño en sus brazos.

A pesar de su miopía, gracias á los escelentes anteojos que habia comprado en Paris, el príncipe vió á su nieto, y le hizo desde su carruage una seña con la mano. El pequeñuelo por su parte le conoció al punto; y como segun hemos dicho, queria mucho á su abuelo, con la alegría de volverle á ver, hizo un movimiento tan brusco tendiendo hácia él sus bracitos y queriendo lanzarse á su encuentro, que el desgraciado niño se escapó de los brazos de su nodriza, y precipitándose desde el balcon se estrelló en el suelo.

Faltó poco para que muriesen de dolor el padre y la madre; el príncipe estuvo cerca de seis meses como un loco; sus cabellos se encanecieron y se cayeron por último, de modo que se vió obligado á gastar peluca, completándose así en él la triple y terrible reunion de la peluca, la caja de tabaco y los anteojos.

En tal estado le vi al llegar á Nápoles; pero felizmente estaba yo prevenido. Desde la mayor distancia á que yo le vi, le hice cuernos con los dedos, de tal modo, que aunque me hizo el honor de hablarme cerca de veinte minutos, no me sucedió otra desgracia por la precaucion que habia tomado, que ser arrestado al dia siguiente.

Referiré este arresto á su tiempo y lugar, puesto que fué acompañado de circunstancias bastante curiosas para que no tema, llegado el momento, estenderme algo sobre sus detalles.

El mismo dia de mi partida habia sido nombrado el príncipe presidente de la junta de sanidad de las Dos Sicilias.

Ocho dias despues supe en Roma que al dia siguiente de aquel nombramiento se habia desarrollado el cólera en Nápoles.

Despues he sabido que el conde de F***, el primer esposo de la bella Elena, habiendo seguido el ejemplo que esta le habia dado, se volvió á casar como ella, siendo completamente feliz por su parte como marido y como padre, puesto que tuvo de su nueva esposa cinco hijos: tres niños y dos niñas.

En el mes de marzo último, el príncipe de *** ha entrado en los setenta y ocho años; pero lejos de haberle hecho perder nada la edad de su terrible influencia, preténdese por el contrario que se hace mucho mas notable á medida que envejece.

Y al presente, puesto que hemos acabado respecto á Arimanes, pasemos á Oromazes.